

CONSEJO DE REDACCIÓN

Dr. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Dr. Ludovico Videla, P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Dr. Carlos Hoewel, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Prof. Cristina Corti Maderna, P. Lucio Florio (La Plata), Francisco Bastitta, Dr. M. France Begué, P. Dr. Jorge Scampini o.p., Dra. Isabel Pincemin, Pbro. Augusto Zampini, Pbro. Andrés Di Ció, Arq. Adolfo Mazzinghi.

COMITÉ DE REDACCIÓN

Prof. Carola Blaquier, Mons. Eugenio Guasta, Mons. José Rovai (Córdoba), Prf. Dr. Raúl Valdez Carlos J. Guyot, Dr. Florian Pitschl (Brixen)

*Director y editor responsable: Dr. Luis Baliña
Vicedirector: Francisco Bastitta Harriet
Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna*

COMMUNIO

<i>Luis Baliña</i>	3	Editorial: rol cultural del testimonio
<i>Martín Grassi</i>	9	Hermenéutica y metafísica del testimonio
<i>Francisco Bastitta Harriet</i>	21	Compartir desde la fragilidad: testimonio y fuente de alegría verdadera
<i>Paola Delbosco</i>	27	Ser madre
<i>Adolfo Mazzinghi</i>	31	Johannes Vermeer de Delft: El pintor como testigo
<i>Robert Vorholt</i>	43	Testimonio y martirio
<i>Andrés Di Ció</i>	55	El escándalo: del anti-testimonio al testimonio
<i>Emmanuel Housset</i>	67	Dar testimonio y recibir el testimonio
<i>V. Neckebrouck</i>	79	Testimonio de la palabra y testimonio de la vida
<i>Mariana C. Facciola</i>	91	Reflexiones desde los márgenes
<i>Philippe Richard</i>	95	Bernanos, el sacerdote y la comprensión de la piedad

TESTIMONIO de la PALABRA y TESTIMONIO de la VIDA

Predicación misionera y acción social en la Evangelii Nuntiandi

V. Neckebrouck

Cuando en diciembre de 1965, el Papa Pablo VI declaraba terminado el Concilio Vaticano II, había razones en los círculos misioneros para felicitar el balance misionero de esta asamblea general de la Iglesia universal. Jamás un Concilio había hablado de una manera tan clara, tan extensa y tan penetrante sobre la misión. Hasta ese momento, no se había insistido con tanto énfasis sobre la necesidad y la urgencia del esfuerzo misionero. Además, este Concilio había redactado, por primera vez en la historia de la Iglesia, textos en los cuales fue confirmada, de manera oficial y en términos no ambiguos, la idea de que el deber de colaborar a la proclamación y a la propagación del Evangelio, no era un deber exclusivamente reservado a los miembros de la jerarquía eclesiástica o a uno u otro grupo de militantes particularmente motivados, sino una misión, que está a cargo de cada fiel, individualmente considerado¹.

Esta actitud conciliar, favorable a la misión, contrasta vehementemente con la ola de sentimientos anti misioneros que poco después del Concilio se desplegaba sobre la Iglesia occidental, tanto entre los fieles, como entre los sacerdotes y los teólogos. Los factores que se encuentran en la base de este cambio brusco de opinión, que han sido bautizados crisis misioneras, son múltiples y complejos y no deberían ser tratados acá². Las consecuencias de esta postura resultaron desastrosas y hasta el día de hoy se sienten en todos los continentes³.

¹ V. NECKEBROUCK, *De stomme duvelen*, Brujas, 1990, 81-82,.

² Op.cit. pp 91-138.

³ V. NECKEBROUCK, *Misión en el Vaticano II*, COMMUNIO de habla holandesa, 2011, pp.286-287.

En este trabajo se aborda un solo tema, la relación entre la proclamación de la palabra y la acción social⁴; dicho de otra manera, entre el testimonio verbal y el testimonio de vida.

Describiremos en primer lugar el modo muy particular en el que, a partir de la segunda mitad de los años sesenta, esta relación fue interpretada en los círculos importantes de la cristiandad occidental, para exponer luego la réplica de la exhortación apostólica *Evangelii Nuntiandi* a esa interpretación. Me limito al análisis de la reacción del documento pontificio sin entrar en la cuestión de los fundamentos y justificaciones teológicas de éste⁵. Para discernir el alcance exacto del problema, no es nada superfluo aclarar en primer lugar el doble significado que revisten en el vocabulario teológico, dos términos centrales en el debate, a saber: “misión” y “testimonio misionero”.

La doble significación de los conceptos misión y testimonio

En un contexto teológico⁶, el término misión tuvo, desde siempre, un significado más amplio y a la vez un sentido más limitado y estricto. La misión de Jesús y la misión de la Iglesia, constituyen expresiones casi consagradas para indicar el conjunto del mandato que Jesús ha recibido del Padre, y la Iglesia, a su vez, de Jesús. Los fundadores de la misionología científica se hicieron los portadores de esta concepción. Según el protestante G. Warneck (1834-1910), el más anciano de ellos, “...el término “misión” puede ser empleado en un sentido amplio, como por ejemplo en las palabras del Señor: “como el Padre me envió, Yo os envió” (Juan 20,21)⁷.

J. Schmidlin (1876-1944), el padre de la misionología científica católica, definía la misión en el sentido amplio como “la tarea que está desti-

⁴ *Evangelii Nuntiandi* fue publicada por Pablo VI el 8.12.75, como conclusión del tercer sínodo de obispos en Roma.

⁵ Cf. V.NECKEBROUCK, *Het dubbele rentmeesterschap*, Lovaina, 1994, pp.85-150.

⁶ El término es usado también en un contexto puramente profano. Indica toda tarea que se propone cumplir o que le ha sido impuesta por otros, por la suerte o por las circunstancias de la vida.. Así misión diplomática, militar o científica, o la misión de un artista o de un hombre político, de un general o un reformador social. De ciertas personalidades se dirá que cumplieron una “misión histórica” o que cumplen una “misión profética”.

⁷ G.WARNECK, *Evangelische Missionslehre*, Goltha, 1887-1903, Vol1, p.5

nada tanto a aquellos que pertenecen a la comunidad eclesial, y se benefician de la fe en el sentido de confirmarlos en ella y enseñarles a vivir según sus exigencias, como a todos los otros que viven todavía en la oscuridad del error y fuera del seno de la Iglesia, para que se conviertan y se unan a la comunidad eclesial”⁸. Según el Concilio Vaticano II, la misión de la Iglesia tiene como finalidad “...anunciar a Cristo a través de la Palabra, ya sea a los no creyentes, para ayudarlos a caminar hacia la Fe, como a los fieles para instruirlos, fortalecerlos y citarlos a una vida más ferviente...”⁹. La misión, en este sentido amplio, está entonces destinada a todos los hombres, creyentes y no creyentes, cristianos y no cristianos.

La “extensión” del concepto misión implica otro aspecto, y es aquél que importa para nuestro estudio. En efecto, la misión de la Iglesia en el sentido amplio no es solamente de carácter religioso. No se reduce al anuncio verbal del mensaje. Así, según Schmidlin, “...ella implica también el ejercicio de las obras de misericordia y la realización del bienestar terrestre...”¹⁰. En los términos del Concilio Vaticano II: “La misión de la Iglesia, en consecuencia, no es solamente llevar a los hombres el mensaje de Cristo y su gracia, sino también penetrarlo y perfeccionarlo en el orden espiritual y en el orden temporal. Los fieles laicos, cumpliendo esta misión de la Iglesia, ejercen entonces su apostolado tanto en la Iglesia como en el mundo, tanto en el orden espiritual como en el temporal. Aunque esos órdenes sean distintos, están unidos en el único designio divino; también, Dios mismo quiere, en Cristo, reasumir el mundo entero, para hacer una nueva criatura comenzando en esta tierra y dándole su plenitud en el último día.”¹¹

Junto a este significado general o amplio, el término misión adquirió muy pronto un sentido más estrecho. En este sentido más estricto designa un elemento específico y limitado de la misión de la Iglesia en el sentido amplio, particularmente su misión con aquellos que no pueden todavía ser contados entre los discípulos del Señor, es decir los no creyentes. Esta misión pretende hacerles conocer el mensaje de Cristo con la esperanza de que se convertirán a Él y alcanzarán las filas de la Iglesia. Warneck definía la misión en el sentido estricto como las “actividades de la cristian-

⁸ J.SCHMIDLIN, *Katholische Missionslehre im Grundriss*, Münster 1923, p.38.

⁹ *Apostolicam Actuositatem*, 5

¹⁰ J.SCHMIDLIN, *Katholische Missionslehre*, p.241

¹¹ *Apostolicam Actuositatem*, 5

dad emprendidas en vista de la implantación y la organización de la Iglesia de Cristo entre los no creyentes”. Para Schmidlin “la misión en el sentido más estricto es “la misión entre los no creyentes esto quiere decir, entre aquellos que se encuentran fuera de la fe y de la religión cristianas”¹². El Concilio Vaticano II se sitúa en línea con esta tradición: “Las iniciativas particulares por las que los predicadores del Evangelio enviados por la Iglesia yendo por el mundo entero, cumpliendo la carga de predicar el Evangelio e implantar la Iglesia entre los pueblos o los grupos humanos que no creen todavía en Cristo, son comúnmente llamadas “misiones”, se realizan por la actividad misionera (...) El fin propio de esta actividad misionera, es la evangelización y la implantación de la Iglesia entre los pueblos y los grupos humanos en los cuales no está todavía arraigada”¹³.

Tampoco la noción de testimonio es unívoca porque la palabra es utilizada en el contexto de la misionología o de la teología pastoral. En efecto, ahí significa tanto el testimonio comprendido en la predicación verbal del mensaje evangélico cuanto el testimonio de una vida cristiana ejemplar. En cuanto al concilio Vaticano II: “Todos los cristianos, dondequiera que vivan, están obligados a manifestar de tal manera, por el ejemplo de su vida y el testimonio de su palabra, el hombre nuevo por el que han sido revestidos en el bautismo, y la fuerza del Espíritu que los ha fortificado por medio de la confirmación, reflejando en sus buenas obras, glorifican al Padre y perciben más plenamente el sentido auténtico y el vínculo universal de la comunión de los hombres”¹⁴.

Cuando hablamos acá del “testimonio de la palabra”, nos referimos a lo que el Papa Pablo VI, en la *Evangelii Nuntiandi* designa con el término “anuncio claro”, es decir la predicación explícita del nombre de Jesucristo, de su evangelio, de su muerte y resurrección y el significado favorable de todo esto para el hombre de hoy¹⁵. Se trata de la explicación verbal de lo que constituye la base cognitiva y la fuerza motivadora del testimonio cristiano para la vida¹⁶. He expuesto en otro lado las diferentes formas que el testimonio misionero de la vida puede tomar. Acá me limito a una sola de esas

¹² Ver notas pags. 6 y 7.

¹³ *Ad Gentes*, 6

¹⁴ *Id.* 11

¹⁵ *Ev.Nuntiandi*, 22

¹⁶ V.NECKEBROUCK, *Het dubbele rentmeesterschap*, p.55-67

Testimonio de la palabra y testimonio de la vida

formas, particularmente al conjunto de actividades humanas que se pueden agrupar bajo el denominador común de “acción social”.

Como lo hemos demostrado, en su acepción teológica, tanto el concepto de misión como la noción de testimonio se caracterizan por una estructura bipolar. Es la relación entre estos dos polos, como está visto por la *Evangelii Nuntiandi*, que nos proponemos exponer.

De la evidencia a la problematización.

En los documentos conciliares la relación entre la proclamación verbal del evangelio y la acción social motivada por ese evangelio, está tratada de forma equilibrada. Continuando con una tradición de siglos de antigüedad, las dos están aquí presentadas como formas necesarias, plenamente cualificadas y complementarias del testimonio misionero. La cuestión de su relación no está aquí presentada ni percibida como un problema. Su perfecta compatibilidad es para el Concilio una evidencia, como también para los cristianos en el tiempo en que fue celebrado. La fórmula “misión por la palabra y por la acción” refleja el consenso reinante en la época.

Es solamente en el período post conciliar que la tradicional coexistencia armoniosa de dos formas del testimonio misionero se pone en duda y se transforma en problema. Esto explica que solamente en los documentos eclesiásticos posteriores al Concilio el tema aparece explícitamente tratado. La exhortación apostólica *Evangelii Nuntiandi* constituye el primer ejemplo importante. Para comprender lo que estaba en juego en la discusión, es necesario, tomar conciencia de la naturaleza y de los objetivos que se oponen al consenso anterior.

Una nueva visión de la misión

El núcleo de la protesta post conciliar vuelve a la disociación de dos elementos, el testimonio de la palabra y el testimonio de la vida, que hasta ese momento habían sido considerados como igualmente constitutivos de la esencia de la misión y a partir de ese momento serán privados de ese status. La consecuencia es que la misión se reduce ahora a uno solo de sus componentes esenciales. En concreto, se identifica exclusivamente con

el testimonio de la vida, más específicamente con la acción social, con las actividades del desarrollo económico y cultural y las iniciativas de la liberación política y social.

El testimonio de la Palabra, es decir, la predicación explícita del evangelio y de la fundación de las comunidades eclesiales, que es la consecuencia normal, ya no es recibido como una forma aceptable y admisible del testimonio misionero. Al comienzo de los años sesenta, el teólogo alemán J. Schütte describía la evolución en estas palabras: “Muchos misioneros, especialmente los jóvenes misioneros de países llamados ricos, adhieren más o menos conscientemente a la concepción siguiente: el trabajo de desarrollo es la forma contemporánea y oportuna de la actividad misionera. Por esta razón, se le debe dar prioridad. El trabajo de desarrollo es la misma cosa que la misión, la misión es la misma cosa que el trabajo de desarrollo (...) La evangelización directa, considerada como aquello que consiste esencialmente en la predicación del Evangelio y la implantación de la Iglesia, debe ceder su lugar a las cuestiones sociales”¹⁷. Esta visión no es más el monopolio de los “jóvenes misioneros”. Es compartida con muchos otros cristianos, tanto fieles corrientes como teólogos, incluidos especialistas en la misión. En efecto, en estos medios no se tiene miedo de fórmulas como “desarrollo equivalente a misión, misión igual a desarrollo”; “misión equivalente a liberación, liberación equivalente a misión”; “misión sinónimo de humanización”; “misión y desarrollo como conceptos convertibles”; “el cristiano no conoce la diferencia entre misión y trabajo social”; “un misionero no tiene necesariamente que ser un hombre de Iglesia”, “no es necesario que un misionero sea católico”; “El misionero es alguien que lleva a cabo, en un país en vías de desarrollo, un trabajo constructivo desde el punto de vista técnico, científico, agrario, educativo. La ideología y el catolicismo, constituyen en mi opinión, un punto de partida dudoso”¹⁸.

Una encuesta realizada en 1971 entre la población católica de Bélgica mostraba que más o menos un 11% de los encuestados consideraba la misión en el primer lugar como una actividad cuya parte principal constituye un mensaje religioso, mientras que el 52% lo describían como un negocio sin fines de lucro, teniendo como finalidad educar a través de la asistencia financiera

¹⁷ J.SCHÜTE, *Evangelization and Development in the Light of Conciliar and Post conciliar Theology*, Documents, Missionalia, n.5, 1972, p.306.

¹⁸ Cf.V.COSMAO, *Changer le monde. Une Tache pour l'Eglise*, Paris, 1979, p.64

Testimonio de la palabra y testimonio de la vida

y el apoyo moral de la Iglesia¹⁹. Una encuesta hecha a lo largo del mismo año en la parte francesa del mismo país daba resultados similares²⁰. Aquí, por ejemplo, algunas declaraciones representativas tomadas de esta encuesta: “Se es misionero para amar y ayudar antes que nada, no para evangelizar”; “Los misioneros son la levadura de la masa, el sentido de ayuda y de don de amor”; “Hacen falta misioneros pero no desde el punto de vista religioso, hacen falta hombres que ayuden a otros hombres”.

Mirando hacia atrás en los años sesenta y setenta, el arzobispo de París, el Cardenal Lustiger, ve que en esa época “habían sido elaboradas teorías espirituales y teológicas de un testimonio obligatoriamente silencioso”²¹. A. Dondeyne, en esa época profesor de filosofía en la Universidad Católica de Lovaina, que era todo menos conservador, escribía en 1969: “Como lo creen algunas especialistas en misión, la única tarea de la misión consistiría, a partir de ese momento, en ayudar a los pueblos subdesarrollados en su lucha por la prosperidad, el desarrollo cultural y la independencia económica. “Evangelización es una palabra que pertenece al pasado y debería ser reemplazada por “ayuda al desarrollo”²². Esta nueva visión de la misión, que consiste en su reducción a la acción social, es hija de una nueva interpretación del cristianismo que surge y se extiende a partir de los años sesenta y que ya hemos designado antes como neologismo “sociofocal”. Esta interpretación es, a su vez, una consecuencia tanto del prestigio del que gozaba el marxismo en los años sesenta y setenta en Occidente, sobre todos en los años académicos, como de algunas dimensiones características de la cultura occidental moderna, incluyendo la secularización, el materialismo y el horizontalismo. Es innegable que dio lugar a una polarización dentro de la Iglesia Católica. Los observadores hablan de ello en términos “de una lucha entre los partidarios de la proclamación del mensaje y defensores del desarrollo” o de “fricciones y conflictos entre misioneros y agentes del desarrollo”²³.

Se trata ahí de diagnósticos erróneos, tanto en lo que respecta a la

¹⁹ Cf. *Katholieke Missieën*, junio de 1971, pp.291-316.

²⁰ P.HERTENSSENS, *Perplexités des jeunes devant la fonction missionnaire*, en J.MASSON (ED.) *Quel missionnaire?*, Brujas, 1971

²¹ J.M.LUSTIGER, *Le Choix de Dieu*, Paris, 1987, p.305.

²² A. DONDEYNE, *Dios en la vida del hombre moderno*, en, Id. *Grundvragen von der gelovige Mens*, Amberes, 1969, p.20

²³ Cf. .por ej E.MANHAEGHE. *Verkondiging of ontwikkeling?*, Lovaina, 1993.

identificación de los protagonistas de los respectivos puntos de vista, como en lo que concierne al núcleo de la discusión²⁴. De ninguna manera se trata de una lucha entre aquellos que optan por la predicación de la palabra del evangelio y los que se comprometen con el desarrollo. Se trata de un conflicto entre dos visiones opuestas de lo que debe ser la misión cristiana, de un litigio en el que dos concepciones de la misión se enfrentan. Una sostiene que la misión consiste esencialmente en la proclamación del mensaje cristiano y la implantación de la Iglesia, al mismo tiempo y junto a toda una gama de actividades que contemplan el bienestar material, la promoción social y económica de las poblaciones locales, su liberación política y su emancipación cultural. En otras palabras, esta visión se mantiene fiel a la estructura bipolar de la misión y su testimonio. La concepción alternativa sostiene que la misión cristiana se reduce a la dimensión humanista, horizontal, que se compone exclusivamente de actividades que tienen como objetivo mejorar la suerte terrenal del prójimo. En esta concepción, las dimensiones específicamente religiosas y eclesiales están desvalorizadas, consideradas como accesorias, sin importancia, rechazadas por obsoletas y en desuso, y en el caso más radical, combatidas como fuentes de alienación. En esta concepción, el testimonio de la palabra y la siembra de la Iglesia son también denunciadas como actividades nefastas y por lo tanto evitables²⁵. En la teología esta tendencia se manifiesta sobre todo en los trabajos de los investigadores que pertenecen a la corriente conocida con el nombre de sociocentrismo²⁶.

En resumen, podemos decir que la oposición entre la visión tradicional de la misión y la concepción que es propuesta por algunos en los años sesenta, no puede formularse en términos de “anuncio del evangelio o trabajo del desarrollo” sino en los de “proclamación del evangelio y trabajo del desarrollo”, o “desarrollo, sin proclamación”.

La reacción de la Evangelii Nuntiandi: aprobación entusiasta

En 1975 el papa Pablo VI aprovechaba la coincidencia del décimo aniversario de la clausura del Concilio Vaticano II y la celebración de la tercera

²⁴ Cf.V NECKEBROUCK, Op. Cit. pp.87-96.

²⁵ Cf.nota n.18

²⁶ Cf.P.KNITTER, *La théologie catholique des religions a la croisée des chemins*, Concilium, 1986, n.203.

Testimonio de la palabra y testimonio de la vida

asamblea del sínodo de los obispos, consagrada precisamente a la evangelización, para intervenir en el debate en calidad de autoridad suprema de la Iglesia universal. Ya que el Papa no ignora lo que pasa en las filas de los fieles:

“No podemos desconocer, en efecto, que muchos cristianos generosos, sensibles a las cuestiones dramáticas que corresponden al problema de la liberación, queriendo comprometer a la Iglesia en el esfuerzo de la liberación, tienen frecuentemente la tentación de reducir su misión a las dimensiones de un proyecto puramente temporal; sus fines, a una intención antropocéntrica; la salvación de la que es mensajera y sacramento, a un bienestar material; su actividad, olvidando toda preocupación espiritual y religiosa, a una iniciativa de orden político o social”²⁷.

Él sabe que escribió su exhortación apostólica: “cuando no faltan quienes piensan e incluso dicen que el ardor y el espíritu apostólico se han agotado y que el tiempo del envío misionero ha pasado”²⁸.

La reacción del Papa a la nueva concepción de la misión de alguna manera está diferenciada y matizada. Combina una aprobación entusiasta, un “sí” sin reservas, con una reprobación total, un “no” radical.

El Papa comparte íntegramente el alegato por la misión entendida como testimonio de vida, como “proclamación silenciosa”. Es la primera forma que el anuncio misionero debe tener, la manera más obvia la que se debe efectuar: “El evangelio debe ser proclamado primero a través de un testimonio. He aquí un cristiano o un grupo de cristianos, que en el seno de la comunidad humana en la que viven, manifiesten su capacidad de comprensión y aceptación, su comunión de vida y el destino con los otros, su solidaridad en los esfuerzos de todos, por todo lo que es noble y bueno. He aquí que, por otro lado, ellos irradian de manera simple y espontánea su fe en los valores que están más allá de los valores corrientes y su esperanza en algo invisible, en lo que no se atrevería a soñar. Por su testimonio sin palabras, estos cristianos hacen que surja en el corazón de aquellos que los ven vivir, preguntas irresistibles: ¿Por qué son así? ¿Qué o quién los inspira? ¿Por qué están entre nosotros? Un testimonio tal es ya una proclamación silenciosa, pero muy fuerte y eficaz de la Buena Nueva. Hay ahí un gesto inicial de evangelización”²⁹. “Es bueno subrayar esto: para la Iglesia, el

²⁷ *Ev.Nuntiandi*, 32

²⁸ *Id.*53.

²⁹ *Id.*21

testimonio de una vida auténticamente cristiana, entregada a Dios en una comunión que nadie debe interrumpir, pero igualmente dada al prójimo con un celo sin límite, es el primer medio de evangelización. El hombre contemporáneo escucha más a gusto a los testigos que a los maestros (...), o si escucha a los maestros es porque son testigos.

San Pedro lo expresaba bien cuando evocaba al espectáculo de una vida pura y respetuosa, “ganando aún sin palabras, a aquellos que se niegan a creer en la Palabra”. Por lo tanto es, a través de su conducta, de su vida, que la Iglesia evangelizará en primer lugar al mundo, es decir por su testimonio vivido de fidelidad al Señor Jesús, de pobreza y desapego, de libertad frente a los poderes de este mundo, en una palabra, de santidad³⁰.

El espacio donde este testimonio debe ser dado, incluye indudablemente también, según el Papa, la esfera de la acción social, del desarrollo económico, de la liberación política y de emancipación cultural. En efecto, “la evangelización no sería completa si no tuviera en cuenta las relaciones concretas y permanentes que existen entre el evangelio y la vida, personal y social, del hombre. Es por esto que la evangelización tiene un mensaje explícito (...) sobre la vida en común, sobre la vida internacional, la paz, la justicia, el desarrollo, un mensaje particularmente fuerte de nuestros días sobre la liberación”³¹.

El compromiso respecto de todos estos temas es particularmente urgente, ya que, en el momento en que la *Evangelii Nuntiandi* es escrita, tanto la Iglesia como el mundo tomaron conciencia de la urgencia de la problemática social a nivel mundial, del carácter escandaloso de las injusticias existentes, así como el hecho de que los medios tecnológicos y la fuerza económica de la que dispone el mundo moderno, son ampliamente suficientes para llegar a soluciones equitativas. Tomaron conciencia también de las aspiraciones de los pueblos sobre este tema: su profundo deseo de desarrollo y de liberación, su exigencia de justicia y de paz, de una existencia digna del hombre, para todos los seres humanos. Por boca del concilio Vaticano II, la Iglesia se declaró solidaria con todas esas aspiraciones que “los signos de los tiempos” le ponen frente a sus ojos: “Las alegrías y esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de este tiempo, especialmente los pobres y todos aquellos que sufren, son también las ale-

³⁰ *Id.* 41

³¹ *Id.* 29

Testimonio de la palabra y testimonio de la vida

grías y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los discípulos de Cristo, y no hay nada de verdaderamente humano que no encuentra eco en su corazón”³².

Tampoco tiene Pablo VI ninguna dificultad para aprobar y apoyar al respecto, el reclamo de los partidarios de la “nueva visión de la misión”. Él encuentra legítima y justificada su insistencia sobre la acción social. Esto le resulta particularmente más fácil ya que el reclamo está enteramente en la línea de lo que la Iglesia, basándose en el evangelio, siempre enseñó y trató de poner en práctica. El Papa llama la atención sobre la continuidad de la enseñanza de la Iglesia y del evangelio, describiendo la solidaridad esencial y profunda de la evangelización por un lado, y del progreso humano, del desarrollo y la liberación, por el otro: “Entre evangelización y promoción humana –desarrollo, liberación- hay, en efecto, lazos profundos. Lazos de orden antropológico, porque el hombre a evangelizar no es un ser abstracto, sino que está sujeto a cuestiones sociales y económicas. Lazos de orden teológico, porque no se puede disociar el plan de la creación del plan a restaurar. Vínculos de orden eminentemente evangélico, que es el de la caridad: ¿Cómo, en efecto, proclamar el mandamiento nuevo, sin promover, en la justicia y en la paz verdaderas, el crecimiento auténtico del hombre? Hemos tenido que señalarlo nosotros mismos recordando que es imposible aceptar que la obra de evangelización pueda o deba dejar de lado las cuestiones extremadamente graves, tan agitadas hoy, en relación con la justicia, la liberación, el desarrollo y la paz en el mundo. Si esto sucediera, estaríamos ignorando la doctrina del Evangelio sobre el amor hacia el prójimo que sufre o padece necesidad”³³.

La reacción de la *Evangelii Nuntiandi*; reprobación radical

Si el Papa se compromete enteramente al testimonio de la vida y trata de promoverlo, su aprobación representa sólo la unidad de la enseñanza de la *Evangelii Nuntiandi* sobre el testimonio misionero. He aquí la otra cara de la moneda. La primera forma de la evangelización, que se realiza a través del testimonio de la vida “siempre será insuficiente, ya que el

³² *G. et Spes*, 1

³³ *Ev. Nuntiandi*, 31.

testimonio más bello se revelará a la larga ineficaz si no es iluminado, justificado –lo que Pedro llamaba dar “las razones de su esperanza”, explicitado, por un anuncio claro, inequívoco del Señor Jesús. La Buena Nueva proclamada por el testimonio de vida, deberá entonces ser proclamada tarde o temprano, por la palabra de vida. No hay evangelización verdadera si la palabra, la enseñanza, la vida, las promesas, el Reino, y el misterio de Jesús de Nazaret, Hijo de Dios, no son anunciados”³⁴.

“No es superfluo señalar (...) el alcance y la necesidad de la predicación, esta proclamación verbal de un mensaje”. “¿Cómo creer, sin haberlo escuchado? ¿Y cómo escuchar sin que haya quien lo predique? (...). Ya que la fe nace de la predicación y la predicación está ordenada por la palabra de Cristo. Esta ley, anunciada un día por el Apóstol Pablo, mantiene todavía hoy toda su fuerza.

Sí, siempre es indispensable la predicación, la proclamación verbal de un mensaje (...) El tedio que provocan hoy tantos discursos vacíos y la actualidad de muchas otras formas de comunicación no deben sin embargo disminuir la virtud permanente de la palabra, ni hacer que perdamos la confianza en ella. La palabra permanece siempre actual, sobre todo porque ella es portadora del poder de Dios. Es por lo que sigue siendo válido el axioma de San Pablo: “La fe viene de lo que uno escucha”. “Es la palabra escuchada, que lleva a creer”³⁵.

¿Testimonio de la vida o testimonio de la palabra? La enseñanza de la *Evangelii Nuntiandi* es clara: *Illa oportet facere et alia non omittere*: hay que practicar una, sin omitir la otra.

Traducción: María Perrioux de Mazzinghi

³⁴ *Id.*, 22

³⁵ *Id.*, 42